

“SOBRE LA IMPORTANCIA QUE TIENE EL ESTUDIO DE LAS
CIENCIAS PARA MEJORAR LA SOCIEDAD Y SOBRE LOS
BENEFICIOS INMENOS QUE DE ELLAS PUEDEN REPORTAR
LOS PUEBLOS”

DISCURSO

EN LA APERTURA ANUAL

DE LOS ESTUDIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE MANILA

EL 3 DE JULIO DE 1871

POR

EL R. P. FR. MIGUEL NARRO,
DEL ORDEN DE PREDICADORES,

CATEDRÁTICO DE LA MISMA

MANILA

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SANTO TOMÁS

A CARGO DE A. AOIZ

1871

Ilmo. Claustro:

Señores:

Cuáles sean la satisfacción y el júbilo que bañan el corazón del hombre, cuando a través de escollos y dificultades que se oponen constantemente a las empresas más benéficas y desinteresadas, llega por fin a tocar el resultado feliz que deseaba y que constituía el blanco de todos sus desvelos, cada uno de vosotros habrá tenido ocasión de experimentarlo alguna vez al menos en la vida. Tal me sucede al hallarme hoy en medio de vosotros y al tener que dirigiros la palabra sobre los nobles motivos que atraen a este modesto paraninfo una asamblea tan ilustre y un concurso tan ilustrado y respetable. Sí, Señores; si es dulce la satisfacción que inunda el ánimo del laborioso agrícola, cuando después de haber luchado con todos los elementos, después de haber superado todas las dificultades de una tierra no acostumbrada al cultivo, vuelve cargado de ricos frutos para encerrarlos en sus trojes con la fundada esperanza de ver aumentarse cada día sus tesoros, no debe ser menos íntima nuestra gran satisfacción en esta solemnidad literaria, al ver pasar por delante de nosotros esos jóvenes ostentando en su pecho una señal de los frutos recogidos por vosotros en las penosas tareas del profesorado, frutos de vuestros desvelos, que al propio tiempo que os recompensan en el presente con un placer que vosotros íntimamente sabéis sentir, os animan a emprender de nuevo vuestros trabajos científicos con la esperanza dichosa de conseguir en lo sucesivo más abundantes y sazonados frutos. El aumento que en este año habéis observado de los títulos de bachiller en artes en los estudios generales de segunda enseñanza, y los de peritos en los llamados estudios de aplicación, los brillantes exámenes que habéis presenciado en cada una de las asignaturas y lo lucido de las oposiciones a los premios, os han evidenciado una vez más que la semilla de la ciencia que con tanto afán y solicitud habéis sembrado en sus tiernas inteligencias, y que con tanto esmero habéis cultivado, no ha caído en tierra ingrata, sino que podéis prometeros tan felices resultados en adelante, que satisfarán por completo vuestras nobles y justificadas exigencias.

Quisiera, Señores, para corresponder a la confianza que de mi nulidad se ha hecho en tan solemnes circunstancias al concederme el uso de la palabra, y para contribuir de algún modo al lustre de tan elevado acto, proponeros un objeto digno de vuestra ilustrada atención; pero ni lo limitado de mis conocimientos, ni los cortos alcances de mi penetración, pueden encontrarlo en unas materias que tan profundos como disertados oradores han desentrañado y agotado desde este mismo lugar en análogas circunstancias. Confiado no obstante en la benignidad é indulgencia que tan bien dice en los hombres de saber, y que entre las bellas cualidades, de que os halláis adornados es una de las que más realzan vuestro elevado carácter, me permitiré decir algunas palabras sobre la importancia que tiene el estudio de

las ciencias para mejorar la sociedad, y sobre los beneficios inmensos que de ellas pueden reportar los pueblos.

Al observar atentamente, Señores, la humanidad en las distintas fases que presenta en todos países y en todos los momentos de su existencia; al considerar detenidamente en la historia la marcha providencial del género humano a través del espacio y del tiempo; con facilidad se conoce y ocurre inmediatamente a la mente del observador, la analogía que existe entre la vida del individuo y la vida de la sociedad; entre la marcha de aquél en la duración y desarrollo de su ser y la evolución de ésta en el desenvolvimiento de los tiempos. Vemos con efecto nacer, las sociedades pobres y débiles, como débil y pobre es el hombre en los primeros días de su vida, ellas se desarrollan como él, ellas se robustecen como él, y cuando la vida y actividad rebosan en su seno, vérnoslas también comunicarse a otras sociedades y a otros pueblos, como los individuos se comunican sus ideas. Ellas, en fin, decaen gradualmente y llegan a perecer, como decaen y perecen finalmente las más vigorosas existencias de nuestra personalidad.

En el individuo como en la sociedad no hay medio posible entre el imperio de la razón y el de la fuerza; más el temor y la fuerza no salva las sociedades, porque no pueden unir y armonizar sus varios elementos: una lucha social y disolvente se establecerá en tal caso, y desapareciendo al fin toda cohesión y afinidad entre las fuerzas morales y materiales que las haga obedecerá un principio soberano y regulador de la conciencia, vendremos a parar en la anarquía en la descomposición de la sociedad humana. La fuerza material y el terrorismo como elementos de poder sólo pueden producir opresores y oprimidos, y el hombre no está constituido por su origen para dejarse regir y gobernar por esos medios, y si carece por desgracia de la educación que necesita, romperá alguna vez los diques de su furor mal contenido hasta saltar todas las vallas de la barrera social.

De estas observaciones se deduce, que otro debe ser el principio salvador y directivo de la sociedad humana, principio que dé unidad y armonía a los diferentes elementos de su vida, que les comunique sin violencia una robustez vigorosa y que sepa conducir la sociedad a sus elevados destinos. Cuál será, pues, este principio?

La prosperidad de un pueblo resulta de la suma de la prosperidad de cada uno de sus individuos, como la perfección del cuerpo humano es también el resultado de la perfección relativa de cada uno de sus miembros. Estudiemos al hombre en sus tendencias y en el desarrollo de su historia, y el tal estudio nos conducirá insensiblemente a establecer como una base de prosperidad social la educación del pensamiento y del corazón del hombre por el enseñamiento de la ciencia y de la moral católica.

En efecto: desde la más remota antigüedad observamos que las sociedades se sometieron de buen grado al dominio de los hombres de ciencia y las vemos llegar,

andando el tiempo, bajo su dirección intelectual a una prosperidad y desarrollo que parecen fabulosos. El Egipto fue gobernado desde la edad más apartada por los representantes de la ciencia: sus sacerdotes y sus sabios fueron siempre la clase más considerada y respetable para aquellas belicosas gentes aún cuando el cambio de gobierno los privó de la dirección de los negocios públicos. Los mismos reyes escuchaban de su boca las sabias reglas de conducta que debían observar; ora en su vida privada, ora en el gobierno de los pueblos.

Cuál llegase a ser su importancia social, cuánta su preponderancia sobre las demás naciones de Oriente, podréis colegir, ora por la población que llegó entonces a tener, ora por sus monumentos, ora por las relaciones de los antiguos como de los modernos historiadores. Siete millones de habitantes repartidos en veinte mil ciudades, villas y otras poblaciones de menor importancia en tan reducido espacio, nos manifiestan hasta dónde debía llegar la fertilidad de su suelo y los abundantes recursos de su industria: los admirables monumentos de que todo el país se hallaba cubierto nos dan una idea de la perfección, a que habían sabido elevar la arquitectura. La famosa Tebas la ciudad de las cien puertas cuyas ruinas se encuentran en el alto Egipto, Memfis no menos admirable que la anterior, las pirámides, los obeliscos, el esfinge, el laberinto y el gran lago destinado a corregir lo irregular de las inundaciones del Nilo en la Heptanómida, los numerosos canales del Bajo Egipto y la magnificencia de las populosas ciudades de Sais y Heliópolis con sus soberbios templos, al propio tiempo que nos hacen venir en conocimiento de la opulencia a que supo llegar este pueblo inteligente, nos demuestran también sus conocimientos de escultura, hidráulica y geometría y que la química tampoco les era desconocida como se echa de ver perfectamente en la conservación de las momias, en sus esmaltes y en los colores que empleaban para su adorno. Por eso de todas partes afluían allí para aprender, y admirar al propio tiempo a aquellos genios que habían sabido conducir su pueblo a tan asombroso grado de prosperidad: y esta felicidad hubiera llegado a mayores dimensiones si su civilización se hubiera hecho extensiva a los que de ella se hallaban privados por la supersticiosa cuanto absurda y perjudicial división de las razas; y si hubieran conservado con más fidelidad el tesoro de las tradiciones que su comunicación permanente con el pueblo hebreo, les proporcionara. Con la corrupción de creencias y costumbres en que vinieron a parar y el odioso exclusivismo de las ciencias, cuyos tesoros sólo se abrían a ciertas clases sociales, fermentó en su seno una formidable rivalidad que ocasionó numerosas y serias perturbaciones.

Por fin, un pueblo considerado por los sabios egipcios *como un niño que no sabía más que las cosas de ayer y hoy*, les arrebató con las ciencias su importancia, y más tarde con la fuerza, su independencia nacional.

La Grecia, Señores, era ese pueblo naciente a quien los sacerdotes de Egipto reprochaban su ignorancia, y que arrullado en su cuna por los dulces acentos de la

lira, había de ser el país clásico de la poesía, arquitectura, escultura y pintura, y la patria de la filosofía y demás ciencias. Si nos remontamos a los tiempos fabulosos de ese pueblo admirable que tantos recuerdos grandes había de legar al mundo después de su desaparición y al que todas las naciones de Occidente habían de volver sus ojos en demanda de su civilización, encontraremos allí un hecho, que si bien desfigurado con las ingeniosas invenciones de la fábula, entraña sin embargo un fondo de verdad que sirve en gran manera para demostrarnos el desarrollo natural y progresivo del espíritu humano y en especial de aquel pueblo tan inteligente.

Al mágico sonido de la lira de Anfión se alzan los muros de Tebas, y con las suavísimas vibraciones de la del divino Orfeo, conmueven las piedras, suspenden los ríos su curso y los animales más feroces abandonan sus guaridas. Homero recibe la misión de cantar las grandes hazañas de este pueblo nacido bajo el dominio de la inteligencia, y con su *Ilíada* y *Odisea* ejerce tal influjo en la educación de los Griegos, que apoderándose de su imaginación é inteligencia, hace palpar su corazón bajo la llama inmortal del patriotismo y de todas las grandes concepciones de un pueblo civilizado. Con su palabra creadora hace nacer las bellas artes, y comunica el entusiasmo de su genio a todos los pueblos de la Grecia, preparando los héroes que tan inmortales lauros habían de conseguir en las jornadas de Maratón y Salamina: él finalmente esparce los gérmenes de aquella civilización que a tan grande altura debían elevar su patria, y que tantos días de gloria le hablan de dar en el trascurso de los siglos.

La premura del tiempo y los estrechos límites de un discurso no me permiten seguir paso a paso la marcha de las ciencias y artes en la culta Grecia. Basta para mi intento recordaros los nombres gloriosos de Hesiodo, Safo y Anacreonte cantores de los campos, de los placeres y de las fiestas: de Teógnido, de Jenófano, de Cleofonte y del mismo Solón que trasladando la poesía de los templos y de los campos a la vida práctica y su dirección, embellecieron con sus encantos los preceptos de la moral: Esopo de Frigia cuyo renombre como fabulista igualó la fama de Homero como poeta épico: Sófocles y Eurípides que llevaron a su perfección la tragedia: Sócrates y Menandro principales figuras en el género cómico: Herodoto de Halicarnaso, Tucídides y Jenofonte que dieron a la historia aquella perfección de que entonces era capaz: Temístocles, Solón, Arístides y por lo general cuantos llegaron a regir los destinos de su patria que se hicieron notables en la oratoria: Pericles el cual llegó a tanta celebridad en la elocuencia, que se decía haber principiado con él: Lisias, Isócrates y Demóstenes cuyo solo nombre bastaría para inmortalizar la civilización y la elocuencia de un gran pueblo: sólomente Eschines su contemporáneo pudo comparársele de lejos.

Dignos de eterna memoria son aquellos viajes fabulosos y extraordinarios sacrificios que emprendieron y arrojaron los primeros ingenios de la Grecia por amor a la ciencia y a los sabios de la más remota antigüedad. Ellos penetra-

ron intrépidos los muros sagrados que la ocultaban a sus ojos, ellos levantaron el denso velo que la ponía a cubierto de las miradas del vulgo; y la India, la Persia y el Egipto los vieron pasar por muchos siglos a través de sus ruinas misteriosas y de sus monumentos seculares: ellos a pesar de los esfuerzos de los monopolizadores de las ciencias *esotérica* y *exotérica* y de los misterios con que pretendieran velarlas para hacerlas patrimonio de una raza privilegiada, lograron vulgarizarlas y extenderlas entre las clases populares. Tales en Jonia y Pitágoras en la gran Grecia abrieron las primeras escuelas filosóficas a quienes siguieron otros genios que trataron de abrir nuevos rumbos a la ciencia. Sócrates postreramente y sus más insignes discípulos Platón y Aristóteles fueron la personificación más elevada de la Filosofía griega, quienes a la vez que desarrollaron sus brillantes teorías, demostraron la impotencia de la razón humana para alcanzar por sí sola toda la verdad que necesita.

Más felices fueron estos grandes hombres en el estudio de las ciencias exactas y físicas. El genio creador de Platón produce las matemáticas trascendentales y estudia el primero las secciones cónicas, abriendo con el análisis geométrico un horizonte inmenso a Euclides y Aristeo que tanto habían de enriquecer estas ciencias. Pero a quien deben más todos los conocimientos de la Grecia es al colosal ingenio de Aristóteles quien llevaba de frente todas las ciencias de su siglo, y que dio forma a las matemáticas basándolas sobre axiomas y definiciones bien precisas, preparando con esto el camino a Euclides para dar a luz su tratado elemental que hasta en nuestros días es muy estimado.

La Medicina recibió también grande impulso bajo los discípulos de Asclépias ó Esculapio, siendo el que más gloria dio a la Grecia en esta parte el inmortal Hipócrates que emprendió largas peregrinaciones por Asia, Escitia y Libia para atesorar conocimientos en beneficio de este ramo del saber.

Los logógrafos que con sus trabajosas investigaciones consiguieron arrojar alguna luz sobre el caos de las tradiciones y confusos recuerdos de la antigüedad, contribuyeron también en gran manera al adelanto de los estudios geográficos. Hecateo de Mileto es tan eminente en esta ciencia como en los conocimientos históricos, y Herodoto es tan acreedor al nombre de padre de la Geografía como al de padre de la Historia.

La celebridad de los Griegos en las bellas artes es aún superior a la que consiguieron en las ciencias. Reprimiendo los caprichos de la imaginación oriental, y siguiendo las inspiraciones del sentido estético que en ellos se hallaba sumamente desarrollado, redujeron la arquitectura a principios fijos cuya exactitud se hace admirar aún en nuestros tiempos: estudiando la naturaleza y siguiendo la inspiración de su genio eminentemente artístico llegaron no sólo a copiarla, sino a embellecerla sin violentarla en la escultura y pintura, debiéndoles la música los principales

adelantos y la perfección a que llegó en la antigüedad. Alejandro no quería tener más pintor que Apeles ni más escultor que Lisipo, y se dolía de no haber tenido a Homero por cantor de sus hazañas, como lo había sido en otro tiempo de la cólera de Aquiles.

Subyugados por el pueblo romano llegaron a triunfar de sus mismos vencedores por su ciencia y literatura. Los poetas y filósofos de aquel pueblo se dedicaron con entusiasmo al estudio de sus producciones literarias, y teniéndose por dichosos en aproximarse a su cultura y estilo, sacrificaron en casi todos los ramos del saber la originalidad a la imitación del gusto Griego; pero, idoloroso es decirlo! recibieron con su ilustración la degradación de sus costumbres. La gran prosperidad que los Griegos supieron conquistar con sus talentos se les convirtió en instrumento de perdición, y los documentos de sus más sabios legisladores no alcanzaron a detenerla en su rápida caída. Esto prueba de un modo irrecusable la debilidad de nuestra razón, y aún el abuso que de ella se puede hacer después del pecado, y ,cuán necesario es tener principios fijos acerca de nuestro origen y de nuestro fin, principios que los hombres más ilustrados abandonados a sí mismos tan imperfectamente conocieron. Toda su ciencia, todo su ingenio no bastó para hacer un sólo hombre verdaderamente virtuoso.

Las leyes de Licurgo y Solón permitiendo en el estado monstruosidades y excesos que rechazan la razón y la conciencia, prepararon el camino a los placeres sensuales que enervaron por fin su inteligencia hasta el punto de eclipsar sus resplandores; llegando a tal grado de postración la culta Grecia que parecía no esperaba sino una mano atrevida que arrojase sobre su cuello una cadena: y esa mano apareció sobre las alas del tiempo: y vióse a la Grecia esclava de la poderosa Roma.

No me sería difícil demostraros, que la sociedad romana debió a su vez su decadencia a la corrupción que heredara en mucha parte de su bella y seductora esclava.

Si tal fue el poder de la instrucción en sociedades tan débiles y con tantos lados vulnerables, ¿ cuánto podrá dar de sí este elemento poderoso, desde que la Verdad eterna medio entrevista y reclamada por el divino Platón y los genios más profundos de la antigüedad, vino a echar los fundamentos más estables de la prosperidad social, y abrir un rumbo seguro al pensamiento del hombre, por donde puede penetrar hasta el secreto de aquellos problemas formidables, que tan inciertos y agitados traían a los hombres pensadores de las primitivas sociedades? Los brillantes rayos de luz que desde una pobre aldea del Oriente se derramaron a torrentes por el mundo, pusieron al alcance de las más humildes inteligencias el sublime origen y elevado fin del hombre y su misión noble sobre la tierra. Entonces levantaron los esclavos sus envilecidas frentes y pudieron aspirar a otro mundo superior, en donde vieron tener un mismo padre que sus orgullosos señores. De allí vieron los hombres descender la autoridad sobre las potestades de la tierra, y vieron también que el brillo y el valor de la virtud

eran muy superiores al del oro y al de las piedras preciosas. Entonces fue también cuando los poderes de la tierra pudieron descubrir las relaciones que ligan a los pueblos con los príncipes, y pudieron comprender al mismo tiempo que el principio de autoridad no ha bajado de los cielos, ni se ha depositado por fortuna en manos de los que rigen los destinos de los pueblos, sino a condición precisa de tornarlos más felices y de mejorarlos moralmente. Entonces en fin se convencieron unos y otros de que la verdadera felicidad de un estado más consiste en que sus miembros sean honrados y virtuosos, que en la extensión de sus límites y en la abundancia de sus goces materiales.

Sobre bases tan profundas sobre principios tan sólidos, las sociedades regeneradas han podido marchar con paso firme a su perfeccionamiento, y las ciencias mismas han encontrado siempre un apoyo poderoso en el templo de la verdad que el Verbo Dios ha levantado en el seno de su Iglesia depositaria de los principios salvadores de las sociedades humanas. Por esta razón aunque los hombres hayan irritado la justicia divina alguna vez hasta el extremo de atraer sobre sí borrascas devastadoras y revoluciones espantables, que amenazaban asolar el mundo y acabar con los conocimientos humanos, han vuelto sin embargo a levantarse los pueblos con más vigor que antes, y las ciencias han vuelto a florecer con mayor lozanía prosperando felizmente hasta la altura en que hoy las encontramos.

Sí, Señores, el Evangelio igualando a los Griegos con los Bárbaros, a los siervos con los señores en la esfera moral del pensamiento; y afirmando al propio tiempo la subordinación y dependencia en las diferentes clases de la sociedad, y haciendo suave y llevadera a cada uno su propia esfera social con la esperanza de otra vida mejor; ha promovido y vulgarizado en cierto modo el estudio de las ciencias, y asegurado a la vez por este medio el bienestar de los pueblos. De aquí la gran importancia y extensión que a la ciencia se concede en los estados modernos, de aquí el facilitar a todas las clases de la sociedad la educación, para que puedan elevarse a los primeros puestos de un país constituido, aún los que por su nacimiento menos lo pudieran esperar.

Y quién duda que la educación y el desarrollo intelectual de los estados es un medio poderoso de procurar el bienestar de la sociedad, cuando dicha instrucción está animada por el soplo celestial del cristianismo, que al propio tiempo que nutre el entendimiento con las verdades de la ciencia, fortifica la voluntad con las virtudes, para que no se deje deslumbrar por el falso brillo de las cosas e intereses mundanales, subordinándolos a otros fines superiores que le han de proporcionar otra dicha más estable? Así cada individuo trabajará en su línea con inteligencia y rectitud, sin ambicionar jamás para su personalidad lo que no le corresponde, sin turbar el orden natural. Las fuentes de riqueza pública correrán en abundancia de sus veneros fecundos, y en especial si se procura convertir la actividad intelectual de las

masas hacía aquellos estudios que están más a su alcance, y más en armonía con las condiciones del país, en que ha nacido.

Así lo ha comprendido exactamente el Gobierno español, y tal ha sido su propósito al establecer en estas partes allado de las clases de Teología, Leyes y Medicina la enseñanza de las ciencias exactas, físicas y naturales en los estudios generales de segunda enseñanza, y el de las artes, industria y comercio en los de aplicación según que se dan en los Institutos, en la Academia de dibujo y de pintura y en la Escuela náutica. En la conciencia de todos está cuanto se puede prometer este país favorecido y mimado por la naturaleza, de la aplicación de su juventud a los estudios que acabo de enumerar. La superficie de este suelo os ofrece, espontáneamente, jóvenes filipinos, todo lo que podéis apetecer para vuestras necesidades y aún para vuestro regalo. Maderas preciosas y en abundancia, aguas minerales, plantas medicinales y aromáticas y abundancia de exquisitos filamentos y textiles que son la envidia del mundo y de los grandes centros industriales. El país corresponde con usura a los trabajos del afanoso labrador prodigando de un modo asombroso los artículos de primera necesidad: él se presenta rodeado de mares casi siempre bonancibles, surcado por ríos caudalosos y dividido por anchurosos canales naturales que a poco auxilio del arte, os proporciona medios de trasportar con facilidad vuestras riquezas de un extremo a otro del Archipiélago y su extracción a los mercados de los países vecinos: él hasta o manifiesta por sí mismo los tesoros encerrados en su seno que bien explotados pueden hacer de estas regiones el emporio del comercio del extremo Oriente. Actividad y estudio únicamente os demanda para centuplicar las producciones de todas estas fuentes naturales de riqueza, que se van desenvolviendo lentamente, y que distan mucho todavía del grado de perfección y desarrollo a que pueden elevarse. Puede haber estudio más digno de la atención del hombre que la indagación de los tesoros que el Criador ha puesto a su servicio?

Dirigid pues vuestra atención a ese espectáculo admirable que, por lo familiarizados que con él hasta ahora habéis estado, tan desapercibido ha pasado a vuestros ojos. Estudiad ese gran libro de la naturaleza que a vuestra vista ha puesto el Criador, y viereis como a medida que lo vayáis conociendo, crecerá vuestro interés por descubrir sus secretos; mas no presumáis jamás que podréis llegar a penetrar todos sus arcanos en esta vida: pues sólo se rasgaran todos los velos de la razón y el pensamiento con la intuición suprema de la primera Verdad.

La aplicación a esa ciencia que se ocupa de la propiedad primaria de los cuerpos, y se funda en verdades de. mostradas de tal suerte que perfeccionando nuestra razón la acostumbra a discurrir con admirable exactitud en todos los ramos del saber, os servirá en gran manera para tan noble propósito. Ella guiará vuestra inteligencia desde lo más obvio y ostensible hasta lo más recóndito y elevado de la naturaleza material. Con su auxilio podréis medir la profundidad del Océano y con ella podréis

elevaros a esos espacios inconmensurables, investigar la magnitud de esos globos deslumbradores que con tanta majestad giran más allá de nuestra atmósfera: con ella podréis apreciar la velocidad de su marcha, su situación respectiva y con relación al centro del sistema planetario. ¡Cuántas ventajas podréis obtener haciendo buen uso de la invención más prodigiosa del ingenio humano! Mas guardaos muy bien de convertirla en instrumento de vanidad y de perdición para vosotros, y no pretendáis hacer aplicación de ella a objetos que se hallan fuera de su alcance.

Aplicad desde luego sus principios a las propiedades inseparables de los cuerpos; pero unid al raciocinio la observación y con esta doble fuerza duplicareis también el fruto de vuestras especulaciones. No os desdeñéis de seguir la marcha que comenzaron en el siglo XIII Alberto el Grande y Roger Bacon, y que tan ventajosamente prosiguieron después Bacon de Verulam, Descartes, Newton, Leibnitz y otras muchas notabilidades de la ciencia, si bien no son aceptables todos sus principios filosóficos.

Entrad pues ayudados de este gran recurso en el estudio profundo de la naturaleza y de sus leyes. La química os enseñará a descorrer el denso velo que tantos misterios oculta en lo más íntimo de los cuerpos, las causas que presiden la formación de los metales en las entrañas de la tierra, la naturaleza de las sales y betunes y sus diferentes propiedades y las leyes que determinan la concreción de los cristales en la hermosa variedad de formas que afectan según la diversa índole de las sustancias que los constituyen.

Por último la Historia natural pondrá a vuestra vista las riquezas incalculables que la benéfica mano de nuestro Hacedor os entregó al ponerlos en posesión del señorío de este mundo, y muy particularmente de este país privilegiado tan virgen y tan fecundo en el estudio general de los tres reinos. Ella os enarrará las diferentes producciones contenidas en los continentes y en los mares: ella os las pintará en exactas y brillantes descripciones por las que en cierto modo os pondrá en disposición de aprovecharos de todos sus tesoros escondidos, y haceros tributarias sus más apartadas regiones: en ella podréis aprender los procedimientos para aclimatar en vuestro suelo aquellas especies que más utilidades y servicios os puedan prestar en algún tiempo.

Con tales estudios la agricultura, la industria y el comercio que son las fuentes de riqueza pública, progresarán en gran manera y de este modo este afortunado país marchará rápidamente hacia su prosperidad, siempre que sepáis subordinar los intereses materiales a los fines morales de la vida que nos han sido trazados por la razón ilustrada por la fe, regla segura de nuestro deber.

HE DICHO.